Música del lenguaje del Quijote.

CONFERENCIA

LEÍDA EN EL SALÓN-TEATRO

DEL

Conservatorio de Música y Declamación

EL DÍA 18 DE MAYO DE 1905

por el Profesor

D. JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ DE VALDERRAMA

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

DEL

ILMO. SR. D. TOMÁS BRETÓN

Comisario Regio del mismo.

MADRID
IMPRENTA COLONIAL
(Estrada Hermanos.)
CALLE DE FUENTERRABÍA, NÚM. 3

1905

Al Excmo Sr. D. Amós Salvador, exministro de Hacienda y de Agricultura, ingeniero de caminos, academico, vicepresidente del Senado, ilustre hijo de la Rioja, dedica este pequeño trabajo su paisano y agradecido s. s.

El autor – José Mª Z. de Valderrama

Donativo de D. Amós Salvador.

MÚSICA DEL LENGUAJE DEL **QUIJOTE**

Música del lenguaje del Quijote.

CONFERENCIA

LEÍDA EN EL SALÓN-TEATRO

DEL

Conservatorio de Música y Declamación

EL DÍA 18 DE MAYO DE 1905

por el Profesor

D. JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ DE VALDERRAMA

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

DEL

ILMO. SR. D. TOMÁS BRETÓN

Comisario Regio del mismo.

MADRID

IMPRENTA COLONIAL

(Estrada Hermanos.)

CALLE DE FUENTERRABÍA, NÚM. 3.

1905

Cuatro palabras.

No á guisa de prólogo preceden estas líneas al interesante y erudito trabajo del Sr. Fernández de Valderrama. Prólogo tiene ya y del propio autor la Conferencia, superior en mucho al que yo supiera escribir.—Vayan á modo de portada, introducción ó aperitivo, para que la mala impresión que ellas causen se trueque en buena una vez terminadas y comenzada la lectura de la *Música del lenguaje del* QUIJOTE.—Cúmpleme ante todo dar las gracias más expresivas al distinguido conferenciante por las lisonjeras frases que me dedica, y las adjetivo así no á humo de pajas, sino para dar sinceramente á entender que las considero extremadas.

El *tema* que las circunstancias impusieron á la Velada artística del Conservatorio, no puede ser más oportuno para los intereses de la España musical, *ínterin* se cante en el primer Teatro de la Nación en otra lengua que no sea la castellana. Los argumentos que el Sr. de Valderrama aduce en defensa de nuestro idioma son muy sólidos y fundamentados; como que surgen de la obra quizá más admirable que el ingenio humano ha producido y los avalora la suprema autoridad de Cervantes.

En tiempos del insigne manco, lo que hoy entendemos por Ópera, no existía. Apenas—viejo ya nuestro autor—se ha-

bía iniciado en la poética Florencia..... De existir entonces con el esplendor que más tarde alcanzó, no puede creerse que Cervantes, Lope, Tirso, Calderón, Moreto y demás poetas del siglo de oro de nuestra literatura dramática, hubieran consentido la humillante postergación por ninguna otra de la sonora y hermosa lengua que ellos enriquecieron, pulieron y limaron, así fuera la toscana la favorecida.—Simultáneamente unióse en el Teatro la música á la poesía; tal vez precedimos nosotros á los italianos; pero el rumbo fué distinto en las dos penínsulas hermanas. Italia concentró todas sus energías en el arte, y cantaba, cantaba siempre, malgrado las encarnizadas luchas que en su propio solar mantenían las diversas naciones que sin cesar se lo disputaban; España entre tanto se desangraba y empobrecía, malgastando sus fuerzas en empresas temerarias, que si por un momento dieron brillo á su historia, ocasionaron la espantosa ruina á cuyo fin tal vez no hemos llegado.—Vino á España la Ópera italiana hace dos siglos, y cuando ya se han sustraído á su dominio razas y pueblos como Francia, Alemania, Austria, Hungría, Bohemia, Bélgica, Dinamarca, Holanda, Suecia, Noruega, América del Norte, etc., todos los cuales cantan en su lengua nativa, aún es objeto de discusión en España por los cultos, *no por la masa del público,* si la lengua en que se escribió «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha» tiene condiciones para la música (¡!) ¡Si no hiciera llorar haría reir tal monstruosidad!

Todos los esfuerzos encaminados á enaltecer la lengua castellana, son dignos de incondicional aplauso; el mío modesto, pero entusiasta, lo uno á los muchos que el Sr. de Valderrama recibió la noche en que leyó su Conferencia en el Conservatorio, y recibirá cuando su trabajo sea más conocido; acto aquel por cierto, que no debe quedar aislado en aquella docta Casa,

sino que debe ser acompañado de otros semejantes, en cuanto lo consienta la enseñanza, que es la misión principal del Instituto.—En aquella Velada lucieron notablemente sus dotes todos los alumnos que en ella tomaron parte, cada uno en su esfera, y pusieron de relieve la excelente instrucción que reciben para honra de los profesores y propia ventaja.

Que el noble ejemplo del Sr. de Valderrama cunda es lo que hay que desear, esto es: que los que de la música viven y aman el arte ensanchen el círculo de su acción y no se limiten á cultivarlo en lo que tiene de material, y á pasivamente contemplarlo..... Hay que escribir obras, folletos, artículos, dar conferencias, moverse..... agitar la opinión; sólo así se la puede interesar y atraer. Y esta labor compete á los músicos casi exclusivamente, ya que ellos serán en su día los más beneficiados; pensar que por nosotros lo van á hacer los comerciantes, p. e., es sencillamente absurdo.—Si la música no alcanza en España la importancia debida, no es la culpa toda del público, sino de los artistas mismos. Enmendémonos, sacudamos la pereza, trabajemos con fe por nosotros *y los que nos sucedan*—en éstos casi nunca pensamos—y así medraremos.

El introductor cede la palabra al Conferenciante y pide al lector humildemente perdón de sus yerros.

T. Bretón.

Importante advertencia.

Cuando nuestros descendientes, de aquí á cien años, deseen, como es natural, celebrar el IV Centenario de la publicación del *Quijote,* buscarán seguramente datos y noticias de lo que nosotros hemos hecho; y el Conservatorio de Música y Declamación, si existe, guardará en su Archivo ó Biblioteca los trabajos que al efecto se han realizado en el III.

La vertiginosa carrera con que la humanidad marcha nos hace prever los progresos científicos que indudablemente han de realizarse, y que contribuirán, no cabe duda, á que nos vean como unos pobres pigmeos: Al paso que vamos, quién sabe si existirá España como nación independiente, ó se realizará la teoría sustentada por algunos, de que las naciones son como los individuos, que tienen su nacimiento, infancia, virilidad, decadencia y muerte: esto es, que será nuestra península lo que hoy es Polonia.

Por fortuna, no hay que esperar, como en el siglo v, que vengan á conquistarnos pueblos bárbaros y semisalvajes como los Godos y Hunos acaudillados por Alaricos y Atilas.

De venir, y esto no es un imposible, vendrá la raza amarilla, ya fuerte y civilizada, con la savia científica y con los progresos que le haya comunicado la vieja Europa, que por debilidades y miserias humanas no haya sabido ella misma

sacar partido, y que los Orientales, con su poder de asimilación, los hayan utilizado mejor para dar vida y animación á las diversas ramas de la humana actividad.

Nuestra lengua, sin embargo, no morirá, no; como murieron otras muchas. El *Quijote* vivirá lo que viva la humanidad en este pobre planeta: y si Dios, en sus inexcrutables designios, tuviese determinada la muerte de la Tierra, dejándola inerte y haciendo que vagase errante por el espacio, sin vida y animación como hoy giran muchos cuerpos obedeciendo solamente á las leyes de la gravitación universal, permítaseme la hipérbole, creo que los ángeles se encargarían de bajar á recoger este incomparable libro y lo trasladarían á otros planetas vivientes para que sus habitantes se solazasen como nosotros nos solazamos con su lectura.

Y la Música ¿qué será de la Música en el siglo XXI?

Realmente, después de Mozart, Beethoven, Meyerbeer, Wagner, etc., etc., parece que poco, muy poco, puede adelantarse.

Pero la ciencia no para; cuerpos que hace pocos años eran tenidos como simples, la Química los considera y estudia hoy como compuestos: en la Naturaleza estaba escondida una fuerza oculta capaz de transformar el mundo en todos los órdenes de la vida material, y han pasado siglos y siglos sin que ningún mortal penetrase en su obscuro escondite; y eso que su influencia se dejaba sentir en la vida orgánica como en la inorgánica, en el planeta como en el espacio, *la electricidad*.

¿Quién es, pues, capaz de asegurarnos que la Industria, movida por la Ciencia, no construirá nuevos instrumentos musicales bajo nuevas leyes que la Acústica se encargue de regular, y que producirán en nuestros oídos y en nuestra alma, encantos y dulzuras que hoy ni siquiera podemos sospechar?

¿Quién nos dice lo que podrá suceder, si en vez de acomodarnos como hoy á las actuales leyes de la Melodía y de la Harmonía, basadas solamente en los intervalos de tonos y semitonos, vendrá un nuevo Bartolomé Ramos de Pareja, célebre salmantino, con un nuevo temperamento que separe los sonidos por tercios, cuartos ó quintos de tono, que ya hoy aprecia y mide la Acústica y que un oído delicado percibe en varios instrumentos de cuerda?

Dejando ya nuestras soñadoras hipótesis vengamos á la realidad.

La conveniencia de que en el Conservatorio quede depositado todo lo hecho en esta solemnidad, hace necesaria una pequeña advertencia en lo que toca á este trabajo, y la haré, no por simulada modestia, sino por propio convencimiento de su insignificancia que no guarda relación con la importancia del tema.

La escasez de tiempo, por mis muchas ocupaciones; mi salud algo averiada y la época en que tal acto se ha realizado, tan próximo á los exámenes, son datos que suplico al lector tenga en cuenta para el juicio de tal disertación: Y aún hay otro que es de más importancia: Una de las principales cosas que todo orador debe tener en cuenta, es la clase de auditorio que ha de escucharle, para acomodarse en todo lo posible, lo mismo en el fondo que en la forma, á sus condiciones y circunstancias; y en esta materia, el público que de ordinario asiste á las funciones del Salón-Teatro del Conservatorio, salvo raras excepciones, es *público de Música;* pues el bello sexo está en una proporción de 80 por 100, y más y mejor dispuesto para escuchar un aria ó una sinfonía, que no el desarrollo de un punto científico cualquiera, así sea de la misma Música.

He aquí por qué al pensar en mi tema «Música de la len-

gua castellana examinada particularmente en el *Quijote*», tuve necesidad de recogerme todo lo posible y concentrar mi atención en los puntos más sencillos y fáciles de comprenderse en relación con el tema; y aun éstos, tratados á la ligera y mezclados con consideraciones y pasajes del *Quijote* que amenizasen el acto, á la manera que el pedagogo estudia el carácter, aficiones y desarrollo intelectual de sus discípulos, para llamar á unos por las puertas de lo sensible, á otros por las de la imaginación y á otros por las de la razón y del entendimiento.

¿Cómo era posible, de otro modo, que en un tema tal se prescindiese de hablar con la debida extensión del ritmo y expresión, del eco y de las resonancias, de las leyes de la cantidad y del acento, del discurso y sus principales divisiones, de los períodos, cláusulas, oraciones, frases, miembros é incisos, etc., etc., y todo ello paralelamente en los lenguajes oral y musical?

¿Cómo era posible, también, que se hubiera pasado por alto el estudio que en relación con la Música puede hacerse de las variadísimas formas y múltiples combinaciones á que se presta nuestra fecunda y rica metrificación?

Y por último, ¿cómo era posible que en trabajo de esta naturaleza no se hablase de las teorías acústicas sobre el timbre, intensidad y tono del sonido, reseñando en primer término los descubrimientos que el sabio Helmholz, célebre profesor de la Universidad de Heidelberg ha hecho, analizando el lenguaje, y hallando en él elementos musicales de primer orden, sobre todo en las cinco vocales, y apreciando no sólo el valor tonal de cada una, sino también las resonancias ó sonidos harmónicos que caracterizan los diversos timbres?

Sirva, pues, este corto Prólogo para, si no excusar, al menos atenuar las deficiencias de este trabajo, que en la noche

del 18 de Mayo de 1905 fué escuchado por numerosísima concurrencia en el Salón-Teatro del Conservatorio de Música y Declamación en la *Velada Lírico-Dramática y Literaria* que, al efecto, se celebró, como dice su anuncio, para servir de HOMENAJE Á CERVANTES y *para conmemorar el III Centenario de la publicación del* QUIJOTE, y que fué presidida por el Ilmo. Sr. D. Tomás Bretón, Comisario Regio del mismo, y rodeado del Profesorado de la casa, y de varios ilustres miembros de las Reales Academias de Bellas Artes y de la Lengua, y de varios Catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras á quienes se les había invitado como corporaciones más interesadas en todo lo que al Arte y la Lengua castellana concierne.

El Excmo. Sr. D. Carlos Cortezo, Ministro á la sazón de Instrucción pública y Bellas Artes, acompañado de su ilustre y bondadosa esposa, presenció el acto desde uno de los palcos.

Esta *Velada* se ajustó al siguiente

PROGRAMA

PRIMERA PARTE

1.º Discurso sobre el «Carácter musical de la lengua de Cervantes en el QUIJOTE», por el Profesor de este Conservatorio señor D. José María Fernández Valderrama.

2.º *Serenata* de D. Luis á D.ª Clara de Viedma, letra del Cap. XLIII (1.ª parte) del QUIJOTE..... **Cotarelo.**

Por el Sr. Blanquer y las alumnas de las clases de Canto, bajo la dirección del autor, alumno de Composición.

3.º { A. *Diferencias* (Variaciones) sobre el canto «La dama le demanda»... / B. *Tiento 1.º* (Preludio)..... } para Órgano (siglo XVII). **Cabezón.**

Por el Profesor de la clase de Órgano Sr. Moreno Ballesteros.

4.º *Cantata* inspirada en las «Bodas de Camacho», Capítulo XX (2.ª parte) del QUIJOTE, con solos por las señoritas Bautista *(el Amor)*, García Blanco *(el Interés)* y Gallástegui *(la Poesía)* y coro de señoras..... **Baudot.**

Por las alumnas de las clases de Canto, bajo la dirección del autor, alumno de Composición.

SEGUNDA PARTE

5.º El paso que pasó en el siglo XVII, escrito en un acto y en verso por D. Narciso Serra, música del maestro Caballero,

El loco de la guardilla.

REPARTO

MAGDALENA	*Srta. Valdemoro.*
MIGUEL	*Sr. Fernández.*
UN FAMILIAR DEL SANTO OFICIO	*Sr. Ortega Moscardó.*
JOSEF	*Sr. Vargas.*
UN CLÉRIGO	*Sr. Aguilar.*
UN DOCTOR	*Sr. Covisa.*

Vecinos, vecinas, rondas, etc.

Por los alumnos de las clases de Declamación y Conjunto instrumental.

Á guisa de prólogo.

Inconvenientes no previstos han demorado este acto unos días; ni tantos ni tan pocos para que no resuenen aún en nuestros oídos los tumultuosos y sonoros ecos de las funciones Cervantinas ó Quijotescas; y de las impresiones recogidas, me ocurre pensar, que asistiendo al último acto de estos festejos, asistimos á la muerte del Ingenioso Hidalgo, por no decir al eclipse de la belleza.

En la belleza hay, en efecto, tres grados, dependientes del mayor ó menor equilibrio entre el fondo y la forma.

Siendo predominantemente literaria la personalidad de Cervantes, he procurado asistir á los actos literarios más solemnes que han tenido lugar en los pasados días.

La Real Academia Española, madre natural y legítima de todo lo que á nuestro lenguaje y á nuestra literatura atañe, celebró el acontecimiento con regio ceremonial é inusitada pompa, terminando su sesión con un acto espontáneo y extraordinario de S. M. el Rey, que la *Gaceta* se ha encargado de llevarlo á todas partes y que seguramente causará admirable impresión en todos los que aman la patria y hablan la lengua de Cervantes.

El póstumo trabajo de aquel renombrado escritor, y celebrado autor de *Pepita Jiménez* (cuyo cadáver, aún casi con-

serva su natural calor), realzado con la solemne entonación que á su lectura dió uno de los más grandes oradores de España, nos impulsaba á decir: ¡Qué hermoso es esto! «Esto es la belleza.»

Llenos de entusiasmo asistimos también á otro acto en la Universidad Central; y en su gran Paraninfo, teatro por donde han pasado tantos sabios en los diversos órdenes de la ciencia, oímos por espacio de hora y media, la lectura de una de las más grandes disertaciones que el hombre puede imaginar.

Á un Coloso, otro Coloso: á un Cervantes un Menéndez Pelayo.

Difícil sería encontrar otro hombre para tal hombre; seguramente, que nadie que conozca nuestra literatura contemporánea, se resentirá de tal afirmación, ni encontrará atrevida ni exagerada tal mi opinión:

Menéndez Pelayo es para mí el feliz depositario de los adjetivos y epítetos más propios y adecuados, es el crítico literario del sano y recto juicio y del gusto estético más delicado.

De él pudiera decirse lo que hiperbólicamente dijo un poeta de nuestro paisano el emperador Trajano como conquistador al que la Tierra se le humillaba. Sí; de Menéndez Pelayo puede decirse:

Ante quien muda se postró la Crítica.

Al salir de la Universidad, recordábamos de Gayarre en la primera noche que cantó la *Favorita;* los unánimes juicios y las explosiones de entusiasmo del público, no encontrando palabras con que calificarle, porque las de superior, extraordinario y eminente se gastan hoy en cualquier cosa, le propinaba los calificativos opuestos «Qué bicho tan raro» y hasta «Qué bárbaro».

¿Qué quiere decir esto? Que los moldes de la belleza se habían roto; que el desequilibrio era manifiesto; que no había, que no se encontraba forma adecuada para expresar un fondo tan superior; esto es, que habíamos asistido á un acto de belleza en su grado máximo: lo Sublime. Y que así lo era, nos lo dijo el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública al dar por terminado el acto, y en el que todos de pie para mayor solemnidad, oímos de sus autorizados labios una improvisación tan sentida, tan literaria y de tonos tan levantados y patrióticos, que con ella tejió una preciosa corona de finas y bien olorosas flores, que al par que cubrieron las cabezas de Cervantes y de Menéndez Pelayo, embalsamaron aquel ambiente de la sabiduría y dulcificaron nuestro espíritu, casi ya abrumado y narcotizado por tantas y tantas grandezas.

Por haberme encargado la Real Academia Española la confección de la parte musical de la solemnísima función religiosa, que todos los años hace (y éste con superior ostentación en la parroquia de San Jerónimo), he oído también una oración fúnebre de oro purísimo, en la que las notas artística y patriótica, envueltas en sagrada unción evangélica, han pagado su justo tributo al bueno de Alonso Quijano.

No otra cosa podía esperarse de la justa fama que goza como hombre erudito y orador clásico el Sr. Montes de Oca, oriundo de España, Obispo Mejicano hoy, y venido ex profeso de Roma para tal función.

También he asistido, y por cierto en posición semiasfixiante, á la Real Academia de Bellas Artes, oyendo con mucho gusto composiciones musicales del tiempo de Cervantes, y la lectura de un serio y razonado discurso *ad hoc* de uno de los Sres. Académicos que goza merecida fama de correcto escritor de costumbres.

Continuando ahora el desarrollo de los tres grados de la

Belleza, asistís, en lo que á mí toca, á la relajación del equilibrio en su grado inferior; y ya se sabe que de lo cómico á lo ridículo no hay más que un paso, y otro de éste á lo vulgar y feo.

Por eso he dicho al principio, que presenciando este último acto de las funciones Cervantinas, asistíais al eclipse de la Belleza, á los funerales del *Quijote*.

Si por lo menos, pudiera yo convertirme en Marcela para convencer á todos que yo no tuve la culpa de la muerte de Grisóstomo, y fuerais vosotros tan bonachones que cual Sancho creyerais todo lo que Don Quijote le decía (menos lo de los azotes), estábamos al cabo de la calle: Que así sea.

Ahora unas palabras, más bien como presentación é historia de esta solemnidad, que de introducción á estas mal pergeñadas líneas.

Como consecuencia de una epístola del Sr. Ministro de Instrucción pública notificando á los centros docentes y á éste en particular, el memorable suceso de la celebración del III Centenario de la publicación del *Quijote*, se reunió el claustro del Conservatorio para ponerse de acuerdo en asunto de tanta importancia, y se acordó nombrar una comisión de su seno que estudiase el modo y forma de dar cumplimiento á los deseos del Ministerio.

Desde luego se presentó la idea de que ni la genial personalidad de Cervantes, ni su más genial y portentosa obra el *Quijote*, se prestaban á que el Conservatorio, dentro de su esfera de acción, desplegase sus energías.

Sin embargo, para corresponder á la superior indicación y para demostrar su entusiasmo en pro del más grande de los novelistas y prosistas españoles, se excogitaron, por la comi-

sión, varios planes; pero cuyo desenvolvimiento no podría realizarse sin la intervención y ayuda exterior.

Así se comunicó á la superioridad, y de su contestación nació el modesto programa cuyo desarrollo vais á presenciar, ejecutándose con los solos y exclusivos elementos de la casa; es decir, con los alumnos, con los que hoy son estudiantes y sólo estudiantes todavía, puesto que su heterogéneo profesorado, dispuesto siempre á trabajar en pro del arte y de toda idea levantada, no constituye número suficiente para el desenvolvimiento de las obras que habían de presentarse.

Hacía falta, además, uno que se encargase de decir algo como memorándum de la función en relación con la índole y carácter del Conservatorio, es decir, hacía falta un orador *ad hoc;* y esto sí que era difícil en un centro en que por regla general hay más familiaridad con el universal lenguaje de los sonidos que con el de Cervantes.

Pero no había más remedio, había que hacerlo todo con elementos caseros; y dispuesto el Profesorado al sacrificio, todos se convirtieron en Sanchos poniéndose á las órdenes de Don Quijote y obedeciendo sus mandatos, aun á trueque de cambiar la Ínsula Barataria por la manteadura de la venta.

A mí, cual pobre Isaac, y más para tortura vuestra que por la mía (y eso que la mía es muy grande), se me comisionó para tal empresa; y aquí estoy á vuestro servicio, esperando que el manteamiento será más suave que el del pobre escudero; y que vosotros, convertidos en Quijotes, y viendo cual él por detrás de la tapia del corral de la venta, cómo el infeliz Sancho volaba por los aires á impulso de los nervudos y robustos brazos de los mozos, digáis con lástima y conmiseración: «Pobre Sancho, quién te ha metido á ti á libros de Caballerías.»

Pero Don Quijote perseguía un ideal, su sin par Dulcinea

del Toboso; Sancho perseguía otro ideal, su gobierno de la Ínsula Barataria, y de ahí su obediencia á las sublimes locuras de su amo y señor: Aquí estoy yo, pues, como otro Sancho en pro de la obediencia á mis jefes teniendo en cuenta aquello de *obedite præpositis vestris etiam discolis,* aunque quitando aquí las dos últimas palabras, puesto que mis jefes no tienen nada de díscolos sino de discretos y muy avisados.

Presentóseme desde luego la idea y la pena al mismo tiempo de cuál pudiera ser el tema de mi simple peroración que estuviese relacionado con el príncipe de los Ingenios, con su *Quijote* y con el Conservatorio, y por ningún lado veía el camino derecho.

Lo contrario que al *Quijote* cuando dice que «como moscas á la miel le acudían y picaban los pensamientos», á mí ni me picaba ni acudía ninguno; y en situación parecida á los que en el patio del Duque contemplaban el túmulo de la simulada muerte de Altisidora, diré con Sancho que «la admiración de lo que estaba pensando y el berenjenal en que, por mal de mis pecados, me había metido, me ataba la lengua y me secaba el entendimiento». ¿Qué hacer en tal aprieto? ¿Me echaría cual sutil zahorí de pensamientos ajenos á rebuscar libros, escoger entre ellos algunas frases, unirlas y darlas forma, presentándolas á vuestra consideración muy orondo y satisfecho de haber dado en el quid? Para esto me salía el *Quijote* al encuentro cuando dice: «Entre los intonsos escritores de nuestra edad, se usa que cada uno escriba como quisiere y hurte de quien le pluguiese venga ó no venga á pelo de su intento; y no hay necedad que se cante ó escriba que no se atribuya á licencia poética.» (Se conoce que en aquellos tiempos ya había también plagiarios y estafadores literarios y musicales.) Aún es más pertinente al caso lo que dice: «Entre los pecados mayores que los hombres cometen,

aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es la ingratitud, ateniéndome al dicho de que «de desagradecidos está lleno el infierno». Así que yo os diré cual Sancho á la Duquesa: «agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha».

Empero sabido es que las cosechas están en relación con las condiciones del terreno, con los abonos y labores y con los elementos de la Naturaleza; y si el terreno es pobre y de poco fondo, la labor y los abonos deficientes, y la Naturaleza no ayuda más que con sequías ó inundaciones, pedriscos ó filoxera, el fruto será escaso y averiado: y así como se lee en el *Quijote* «que todos quedaban admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba», y en otro pasaje se dice también «que era una historia falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas aunque rica de simplicidades», yo no aspiro más que á si veis algo de lo uno, cerréis los ojos y oídos á lo otro: pensando en lo ya dicho, esto es, que la labor sirve de poco si el terreno y la Naturaleza no se prestan; mirad, pues, á mi obediencia y buena voluntad.

Ya no era posible aquello de decir con Sancho, «quien las sabe las tañe y bien se está San Pedro en Roma». Valíame más atenerme á aquel otro refrán de «más vale buena esperanza que ruin posesión» y como «cada uno es artífice de su ventura» y como esto que por ahí llaman fortuna es, dice Cervantes, «una mujer borracha y antojadiza y sobre todo ciega; y así no ve lo que hace ni sabe á quien derriba ó á quien ensalza», me resigno á tal infortunio y á tal desventura, y os diré cual Sancho á la Duquesa: «Las mercedes que las vuestras mercedes hoy me facen escuchándome, no pue-

den pagarse con menos que si no es con desear, como el famoso escudero, no de verme armado caballero andante, sino anhelar aburriros lo menos posible; y así como para manifestar la gratitud dijo: «Alta señora, labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo; si con alguna de estas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.»

Yo no os diré cómo me llamo, ni lo que soy; por el programa lo sabéis; sólo recordaré al hombre más grande que ha enseñado en esta casa, á mi inolvidable maestro Eslava; el que con su inimitable gracejo y mayor seriedad venía á significarnos á los alumnos de la clase de Composición la conveniencia de ser breves cuando no nos soplase la musa, para que el público dijese: «verdad que este pobre hombre es un soso, pero al menos no es latoso».

Hacía muchos años que yo no había leído el *Quijote;* mi memoria es como un cerrojo enmohecido, y apenas recordaba más que de los puntos más salientes. ¿Qué hacer? A leer el *Quijote,* á buscar en él mi asunto.

Llegó entonces á mis manos el programa de la Facultad de Medicina para idéntico objeto que el que aquí nos reune, y en él vi, que catedráticos distinguidos y hasta políticos de actualidad, habían encontrado en las inmortales páginas del Manco de Lepanto, motivos para hablar de Medicina, de Botánica y hasta del Arte de gobernar los pueblos. Después he seguido viendo que uno de los periódicos más serios, discretos y mejor escritos de esta Corte, *El Universo,* abrió una sección especial para publicar diariamente, y así lo sigue haciendo, sentencias, comentarios, refranes y pensamientos de tal maravillosa obra con aplicación á toda clase de oficios, ocupaciones, artes é industrias; á toda serie de disciplinas

científicas, lo mismo históricas que filosóficas, lo mismo teológicas que sociales; lo mismo mitológicas que didácticas, hermenéuticas que filológicas, etc., etc.

Mas no he visto hasta ahora que nadie se haya ocupado del *Quijote* bajo su aspecto musical.

Está, pues, mi campo sin espigar, y puedo, por tanto, meter en él mi tosca hoz para ir buscando y recogiendo un manojito que, desmenuzado lo mejor que pueda, os haga ver, no los granos de cereales que Sancho vió cerniendo á Dulcinea, sino las preciosísimas perlas que Don Quijote veía en su imaginación y que su mal hado, su envidioso Merlín había convertido, por encantamiento, en granos de trigo ó de cebada.

Libando y más libando, pues, como las abejas de flor en flor, creo haber encontrado en el *Quijote* elementos bastantes para formar como las abejas un panal de rica miel, con el que saboreéis la dulzura, el embeleso y los encantos de la melodía y harmonía que yo he creído percibir en ese prodigioso libro.

Mucho me temo, que elevado en alas de mi pobre imaginación y creyendo haberme subido por regiones superiores, montado en el Clavileño de mi fantasía, ó en la loca de la casa, como dicen los filósofos, convertido ahora en Quijote, me haga la ilusión de haber fabricado un panal de rica miel con las odoríferas libaciones y dulcísimos jugos que creo haber hallado en las riquísimas flores que por todas partes he visto brotar de las páginas de esa sin par novela, vosotros, convertidos ahora en Sanchos, no por arte de encantamiento alguno, sino por la vista de la realidad, que no es otra que mi impericia y desaliño, no veais tal panal de rica miel, sino á lo más un triste hojaldre ó un pobre pastel.

Pido á Merlín que así no sea, y que os traslade á la cueva de Montesinos para que veáis lo que yo: y he aquí mi

TEMA

La lengua castellana tiene elementos y cualidades musicales de primer orden, y en el «Quijote», que es su expresión más elevada, están representados de manera maravillosa, cual corresponde á uno de los escritores más admirables que conocen los siglos, á Miguel Cervantes Saavedra.

Si Don Quijote al entrar en batalla se encomendaba á su sin par Dulcinea, yo, cual pobre Sancho, hincadas las rodillas ante la Duquesa, que para mí en este momento, es un auditorio tan selecto, os diré con él: «De grandes señoras, grandes mercedes,» y las que de vuestras señorías espero, son: benevolencia, atención y oído.

Una lengua es tanto más dulce y sonora cuanto más claras son sus vocales; cuanto menos duras son sus consonantes; cuanto más rica sea en sinónimos; cuanto más flexibilidad proporcione para la combinación de las sílabas y palabras; cuanto más amplitud pueda prestar para el hipérbaton y licencias poéticas; y por fin, cuanto mayor sea la variedad de su acentuación.

Todo esto y mucho más se ve en el *Quijote.*

El desarrollo de todos estos puntos, requiere poner á contribución conocimientos de Fisiología, Anatomía, Física, Historia, Gramática, Literatura, Filología y otra porción de ciencias, que ni yo poseo, ni sería este el momento oportuno de explanarlas.

A los hablistas, poetas y oradores; á los que dicen que nuestra lengua parece hecha para hablar con Dios, toca aprovecharse de su fecundidad, expresión, majestad, gracia y docilidad, para los diversos estilos y para las distintas situaciones anímicas.

Tal estudio para el músico, ha de ser menos subjetivo.

Las leyes principales de nuestro divino arte, tocan á la Melodía como á la Harmonía; estudian preferentemente el ritmo y la expresión; y partiendo del principio que en Música, «el juez supremo es el oído (unido á la educación y gusto estético)», nuestro papel, en el momento actual, está limitado principalmente á la parte externa de la palabra, á su estructura material, á sus elementos arquitectónicos, digámoslo así, como fundamentos productores de la suavidad, variedad y harmonía, cualidades que en esa biblia eterna de la risa, que en ese portentoso libro del *Quijote* se dan como en ninguna otra obra; y eso que según la opinión de eminentes escritores, tal novela se escribió de prisa y no se corrigió; pues sólo así se explican los descuidos de su plan cronológico y de algún que otro término geográfico.

Y es que si el *Quijote* no movía su pensamiento, ni daba impulsos á su poderoso brazo sino mirando siempre á su sin par Dulcinea, Cervantes no movía su pluma ni exteriorizaba sus pensamientos, sino excitado por las dulzuras y encantos que produce la Belleza: y el ritmo y la expresión, y la melodía y la harmonía brotaban de su cerebro privilegiado, quizá sin darse él mismo cuenta; con la misma espontaneidad y naturalidad que salían los refranes y salomónicas sentencias de la boca de su escudero Sancho.

La Belleza inundaba al cautivo de Argel; la Belleza llenaba su personalidad; la Belleza era su constante actividad, era su vida.

De él puede decirse lo que de aquel poeta latino, Ovidio, al que queriendo su padre torcerle la vocación, le contestaba: *Juro, juro pater nunquam componere versus*, y en esas mismas rítmicas palabras le manifiesta su imposibilidad; por eso dice de él un comentarista que *quidquid tentabat dicere, ver-*

sus erat. Cervantes pensaba, sentía y quería, arrastrado siempre por la Belleza de sus ideas, por la Belleza de sus afectos, por la Belleza de sus voliciones; y su palabra lo demuestra palpablemente: ¡Qué precisión! ¡Qué adecuidad! ¡Qué melodía se ve en los nombres de sus personajes: Zoraida, Dorotea, Leonela, Camila, Luscinda, Cardenio, Altisidora y su sin par Dulcinea, *nombre músico y peregrino,* como él mismo dice!

Al hablar de ríos y montes, los da los epítetos más suaves y harmoniosos, al par que más significativos; véase: «El olivífero Betis, el dorado Tajo, el divino Genil, el manso Pisuerga y el tortuoso Guadiana; el levantado Apenino y el silboso Pirineo,» etc., etc.

Y ¿qué hemos de decir del modo como maneja, ó mejor dicho, como resulta la onomatopeya en varios párrafos del *Quijote?* Veamos en tal sentido lo característico y lo hermoso que aparece el párrafo siguiente, tomado del desencanto de Dulcinea: «Veloz y precipitado curso de las exhalaciones; tardo y sosegado paso de los perezosos bueyes; rechinamiento de las chilladoras ruedas de los carros y el confuso rumor y ronco murmullo de las lejanas trompas y bocinas,» etc., etc. Lo mismo podemos decir de los nombres que da á sus personajes burlescos, tales como los rimbombantes de «Alifanfarrón de la Trapobana; Pentapolín Garamanta, y Brandabarbarán de Boliche».

Hasta del nombre de su caballo, dice: «Después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar Rocinante; nombre, á su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué Rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los Rocines del mundo.» ¿Qué prueba todo esto? Que Cervantes se preocupaba mucho de los nombres musicales; y que en su alma anidaban en

preferente lugar las leyes de la Melodía y de la Harmonía.

Tal es el encanto que este semidivino libro produce, que sin darse uno cuenta, convierte en Quijotes á sus lectores y admiradores; pues que al tratar de comentarlo en cualquier sentido, hace cambiar de planes, de método y hasta de asunto, con la misma facilidad con que Sancho ensartaba sus refranes y que el Caballero de la Triste Figura pasaba de la más sublime locura á la más sana filosofía. Volvamos, pues, á nuestra cuestión.

Su verdadero desarrollo, artística y científicamente considerado y con el carácter práctico que debe presidir á toda explicación, requeriría algunos aparatos de acústica, algunas piezas anatómicas del órgano fonatorio humano, un buen cantante acompañado con el piano y mejor con el órgano, rey de los instrumentos, y además un buen lector del *Quijote*.

Este procedimiento sería muy curioso y estaría muy bien para una Conferencia *ad hoc*, y para otro conferenciante que no fuera yo: y ¿qué digo una Conferencia? un curso entero de Conferencias pudieran darse á la manera que se hace en algunas Universidades alemanas con el examen crítico de la Iliada, esa clásica é inmortal Epopeya de Homero.

Yo he de contentarme, con esbozar no más, unas pocas teorías gramaticales, presentando á vuestra consideración ejemplos de ese autor inmortal, de ese primer novelista del mundo, de ese gran poeta en prosa; de ese admirable creador de representaciones ideales y de formas vivas; el más profundamente benévolo y humano de todos los escritores satíricos; de ese, en fin, á quien se debe el culto más preferente de la memoria literaria más gloriosa.

Los elementos más sencillos de una lengua son las letras, así como los de la música son los sonidos aislados; unas y otros están gráficamente representados por signos: los lin-

güísticos se dividen en vocales y consonantes, las primeras producen *sonido* por sí solos, y las *consonantes* lo producen unidas á las vocales, y siendo la Música, ciencia y arte estético del *sonido,* la filiación no puede ser mayor.

Las cinco vocales de nuestra lengua se distinguen por su claridad y constante uniformidad de sonido, á diferencia del Francés, que con sus nasalidades y sus *e* abiertas ó cerradas, carece de las condiciones musicales del Castellano, que después del Italiano, y no en todas sus partes, es superior, musicalmente hablando, á todos los idiomas del mundo.

Y una de las causas de esto, á mi modo de ver, es su mayor proximidad á la lengua del Derecho, á la lengua de las alabanzas de Dios, á nuestra madre la lengua latina.

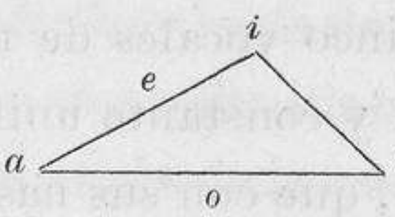
Á uno de los más celebrados humanistas españoles, educador de tres generaciones en el siglo pasado, enamorado de nuestra lengua y gran conocedor del Latín y del Griego, se le oía decir con frecuencia, que sin que nos ciegue el patriotismo, podíamos asegurar que en España es donde mejor se pronunciaba el Latín; y como un 75 ú 80 por 100 de nuestras palabras castellanas, son hijas directas de la lengua del Lacio, v. g.: *manus,* mano; *dígitus,* dedo; *pectus,* pecho; *lingua,* lengua; *dens,* diente, etc., etc., de aquí la harmonía y sonoridad de la lengua de Cervantes.

Esto tiene además su razón histórica; habida consideración al mayor destrozo que la invasión de los bárbaros produjo en el pueblo romano (justo castigo á su mayor corrupción) y á la superior influencia que la Iglesia ejerció en España sobre sus vencedores los Godos, máxime desde el tercer Concilio de Toledo, en el que el gran Recaredo abjuró el arrianismo, uniéndose á la Iglesia romana, depositaria del saber en la Edad Media.

El famoso Horchel, Profesor de humanidades en los anti-

guos estudios de San Isidro, explicaba gráficamente el carácter de nuestras cinco vocales de un modo muy ingenioso:

Construía mentalmente un triángulo, suponiendo una línea trazada de la garganta al paladar, otra del paladar á los labios y otra de los labios á la garganta



En el vértice de la garganta colocaba la *a;* en el del paladar la *i* y en el de los labios la *u*. La *e* la consideraba intermedia entre la *a* y la *i;* y la *o* entre la *a* y la *u*. Las más fuertes y sonoras gradualmente y por tanto las más musicales, porque el sonido sale al exterior con más libertad, son por este orden *a, o, e;* y por el contrario, las más débiles y menos musicales son la *i* y la *u*. Y es lógico, pues que para pronunciar la *i* ha de reflejarse el aire en el paladar, y para pronunciar la *u* hay que cerrar casi los labios y ponerlos en forma de embudo; por eso los maestros de canto prefieren para la vocalización de sus discípulos la vocal *a,* que es la en que la boca se coloca en la posición más natural y desahogada, sin despreciar por eso la vocalización con las demás vocales, que, como es natural, tienen su relativa importancia musical, y para ciertos y determinados efectos son de insustituible aplicación.

He aquí por qué aquellos escritos en que más abunden tales tres vocales serán indudablemente más sonoros, más armoniosos y más musicales.

Entre los miles de ejemplos que podríamos citar del *Ingenioso Hidalgo,* veamos este parrafito del cuento de Marcela; dice ésta ante el cadáver de Grisóstomo: «Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y más, que podría acontecer que el amador de

lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quiérote por hermosa; hasme de amar, aunque sea feo.» La consonante *j* tan antimusical, traída del árabe, no existe en todo este párrafo; y la *r* fuerte, también poco armoniosa, sólo dos veces; 97 palabras le constituyen y sólo 13 terminan en consonante, uniéndose en su mayor parte á la palabra siguiente que comienza por vocal, para formar sílaba con ella y hacerla por tanto más musical. De vocales, las débiles *u, i* están en una proporción de 15 por 100; sólo lo suficiente para evitar la monotonía y los hiatos (1). Una disección parecida podía hacerse en los muchos versos que esmaltan este libro encantador. Veámoslo: en los 14 endecasílabos que forman este soneto, con el que Merlín trata de convencer á Don Quijote y á su escudero del modo de desencantar á Dulcinea,

«A ti digo ¡oh varón, como se debe,
Por jamás alabado, á ti, valiente
Juntamente y discreto Don Quijote,
De la Mancha esplendor, de España estrella!
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho, tu escudero,
Se dé tres mil azotes y trescientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al aire descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores,
Y á esto es mi venida, mis señores.»

---

(1) De todos modos, diremos de las consonates *j* ó su similar *g* cuando precede á las vocales *e, i,* de la *r* doble y de la *x,* lo que más atrás decíamos respecto de la enseñanza del canto vocalizando con la *a* en primer término y con preferencia á las demás vocales, y lo que se dice del uso de las palabras técnicas, de los solecismos y de los barbarismos en ciertas producciones literarias; «que hay ocasiones

¡Qué hermosos versos, qué unidad, qué variedad, qué harmonía, no ya sólo en sus pensamientos, sino en su ritmo y expresión, en la proporción de sus períodos, cláusulas y frases y en sus pausas ó silencios musicales. Esto sin contar la significación total del sentido con la superior gracia que en sí envuelve; y que á pesar de tal gracia, el pobre Sancho no le encontraba ninguna; porque como él decía, «no hay ningún médico en el mundo que me convenza de la relación que puede haber entre el desencanto de Dulcinea y los tres mil y trescientos azotes que yo he de darme en..... salvo la parte». Siguiendo nuestro tema, aún podemos asegurar que nuestra lengua lleva en muchos puntos gran ventaja á nuestra madre la latina en ese aspecto musical. De los diez grupos ó partes de la oración en que los gramáticos dividen todos los vocablos, fijémonos solamente en el verbo, que es la palabra por excelencia; así nos lo dice también su etimología, *verbum, i,* palabra; y es natural, porque el verbo representa esencias modificándose, representa acciones; y todo en la vida, todo en el mundo se resuelve en hechos; y siendo el hecho más grande de la Historia la venida del Salvador, la Iglesia misma nos lo narra, *verbum caro factum est;* es decir, el verbo se hizo carne; el verbo es Dios. Siendo, pues, tal palabra el elemento *principal* de las lenguas, veamos un momento las cualidades sonoras y musicales de su parte mudable; de sus desinencias. Una palabra es tanto más sonora y musical cuanto menos consonantes tiene, y aun éstas cuanto más dulces y suaves sean. Los sufijos ó desinencias personales del verbo latino,

---

en que el defecto se convierte en gracia». Y en último término, no es difícil al Poeta evitarlos todo lo posible, pensando en que á mediados del siglo XVIII se escribieron cinco novelitas y se suprimió en cada una de ellas una de las cinco vocales, que son infinitamente más precisas que ninguna consonante.

terminan todos en consonante: *m, s, t, mus, tis, nt.* La lengua de Cervantes ha suprimido la *m* y la *t* de las personas primera y tercera del singular; el *mus* de la primera del plural lo ha convertido en *mos:* el *tis* de la segunda en *des* en los primeros tiempos de nuestro romance y hoy en *is* y la *t* final de la tercera también ha desaparecido. De modo, que las vocales *i, u,* débiles, se han convertido en las sonoras *e, o;* la *t* linguo-dental fuerte en su dulce correspondiente *d,* desapareciendo además la *m* y la *t,* que como la *d,* la *g,* etc., al final de palabra, son antimusicales.

Esto debe obedecer, seguramente, á los instintos musicales que presidieron á la formación y desarrollo de nuestra lengua.

Á cientos y á miles pudiéramos citar ejemplos del *Quijote;* pero veamos estos, en que el Manco de Lepanto da la pauta del efecto que debe procurar producir en el lector cualquier autor de historias: «Procurad también que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa; el risueño la acreciente; el simple no se enfade; el discreto se admire de la invención; el grave no la desprecie ni el prudente deje de alabarla.» Y aún es más musical por el ritmo y la harmonía que produce la asonancia, aquel otro pasaje en que dice: «Gigante Caraculiambro, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha.»

Verdad es que los Retóricos ó Preceptistas censuran la asonancia en la prosa; pero como dice un crítico «á un Cervantes, á uno de los cerebros mejor organizados del mundo se le puede perdonar este desahogo poético-musical, siquiera porque dice en su libro que «donde hay música, no puede haber cosa mala».

Hay quien dice que Cervantes tocaba la vihuela y entendía perfectamente la música; y si esto no puede afirmarse con seguridad, debe creerse que era muy amante de ella,

como lo prueban los continuos elogios que en sus obras la prodiga, y su intimidad, tanto con Espinel, novelista, poeta y, para aquellos tiempos, músico teórico y práctico de primer orden, inventor de las estancias poéticas llamadas Espinelas antes de llamarse Décimas, y aumentador de la quinta cuerda de la guitarra, como con D. Salvador Luis, cantor de la cámara y capilla de Felipe II y distinguido compositor de música profana.

En todas sus comedias y entremeses (dice un historiador) dió Cervantes puesto preferente á la música; pues no hay ninguna de ellas que no tengan bailes, serenatas, coros y arias, y en cuanto á los versos que escribía para ponerlos en música, allá va una pequeña muestra de cómo sabía escoger las palabras de dulces consonantes y sonoras vocales, que ya por sí tienen su melodía y harmonía particular.

En la comedia *El Rufián dichoso*, dividida en tres jornadas, hay una escena que es una maravilla en tal sentido; véanse algunos versos:

«No hay comida que así agrade
Ni que sea tan sabrosa
Como la que guisa Venus
En todos gustos curiosa.»

Y más adelante:

«Dulces días, dulces ratos
Los que en Sevilla se gozan
Y dulces comodidades
De aquella ciudad famosa
Do la libertad campea
Y en sucinta y amorosa
Manera Venus camina
Y á todos se ofrece toda».

En estos doce versos no hay ni una jota, que, como ya hemos dicho, es la letra más antimusical, y sólo hay una erre fuerte

que tampoco es muy melodiosa; en cambio, la combinación y sucesión de las vocales más harmoniosas *a, e, o;* la colocación de los acentos; el uso del hipérbaton, obedeciendo á las leyes lógicas y estéticas que siempre deben presidirlo; las sinalefas más sencillas y sonoras, y el uso alternado con la conveniente variedad de palabras monosílabas con las disílabas y polisílabas, todo unido y conspirando al mismo fin, pudiera servir de pauta á muchos de los poetas que se dedican á escribir para música, y que, salvo raras excepciones, desconocen sus exigencias y necesidades.

Á esto pudiéramos agregar el doble y relevante mérito de este universal é inmortal escritor, que no sólo cuidaba de los detalles, sino que dominado por aquel demonio interior de que nos habla Platón, refiriéndose á la Belleza, tiene siempre presente que la unidad, variedad y harmonía son sus notas características; y así, sabiendo el efecto que en el teatro producen los contrastes, prepara la escena, cuyos versos habéis oído, de manera que en medio de un coro profano y alegre, se destaque el canto místico de un religioso extasiado en santa contemplación y luchando contra las tentaciones del mundo; y por esto, junto al coro de los demonios, y para finalizar la escena con mejor éxito, elige el último y más enérgico esfuerzo de la virtud contra el pecado, redondeando de este modo un buen pensamiento musical, que hoy llamaríamos concertante y que comienza con unos magníficos versos que canta el P. Cruz:

«*Vade retro Satanás*», etc., etc.

Todo esto prueba hasta la saciedad los términos de mi tesis. Con razón dice Iriarte en su poema semiprosaico:

«Música y Poesía
En una misma lira tocaremos.»

Y Cervantes, adelantándose dos siglos á este pensamiento, demostró en su *Quijote,* obra prosaica por la forma, pero obra de la más sublime Poesía, que en efecto, *la palabra castellana tiene elementos musicales de primer orden,* y que manejada convenientemente, produce en el alma los efectos de una melodía y harmonía extrañas que la subliman y extasían.

Cervantes era muy amante de la Música, sí; veintisiete veces nos habla en su *Quijote* de este arte divino.

He aquí algunas: «¡Oh, Sol, inventor de la Música!»

Quizá porque el Sol es productor de la luz, del calor, de la animación y de la vida como la Música.

Otro: «La experiencia demuestra que la Música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu.» «Los músicos eran los regocijadores de las bodas de Camacho.» «Los instrumentos alegran los valles.» «La Música es indicio de fiestas y regocijos.» «Sigue tu canto llano, Sancho amigo, y no te metas en contrapuntos que se suelen quebrar de sotiles,» etc., etc.

De dieciocho instrumentos nos da noticia en su inmortal novela: Rabeles, flautas, tamborines, salterios, albogues, panderos, sonajas, trompetas, dulzainas, atabales, atambores, chirimías, arpas, laúdes, pífaros, vihuelas, clarines y gaitas zamoranas, y á casi todos los caracteriza admirablemente.

Vuestro cansancio, aún más que el mío, está ya pidiendo pronta conclusión; así que, saltando por cima de materias muy adecuadas al asunto, como son el ritmo y las cadencias, la fuerza y la respiración, los afectos y la expresión, los signos de puntuación literarios y musicales; ciertas figuras retóricas aplicables lo mismo á la música que á la palabra, tales como la gradación, aliteración, anáfora, epanodiplosis, interrogación, énfasis, ironía, etc., etc., y todo ello adaptable á

un pensamiento total, á la Ópera Nacional que tanto tiempo hace está pidiendo el Arte patrio.

Si no fuera por ofender la modestia del Ilmo. Sr. Comisario Regio, que ahora nos preside, leería grandes trozos de algunas de sus obras literario-musicales, en que por modo completo prueba las grandes condiciones de nuestra lengua para el canto.

Desde que comenzó á darse á conocer en la música no ha cesado de clamar por la Ópera Nacional.

Con la paciencia de benedictino, con la perseverancia de un polaco y con la loable tenacidad de un aragonés, *oportune et inoportune*, no ha desperdiciado ocasión para hablar y escribir sobre tal materia.

En 1885 apareció un folleto suyo: «Más en favor de la Ópera Nacional»; luego otro: «La Música en España»; después, su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes; más tarde un folleto sobre «La Música y su influencia social», y por último, otro folleto que contiene la magnífica conferencia que dió en el Ateneo el 5 de Febrero de 1904, cuyo título es: «La Ópera Nacional y el Teatro Real de Madrid» (esto, sólo lo que yo conozco).

En todos, pero principalmente en este último, se ve una laudabilísima obsesión en favor de tal asunto; obsesión nacida del verdadero entusiasmo patriótico y del pleno convencimiento de la necesidad de llevar á la práctica sus ideales.

En último término, á mí no me importa que el Maestro Bretón se moleste por un piropo más ó menos, pues para el crítico, la verdad sobre todo: «*amicus Plato sed magis amica veritas*».

El Jefe actual del Conservatorio, no sólo ha enseñado teó-

ricamente que la lengua castellana tiene condiciones ventajosísimas para el canto, sino que ha abordado la cuestión prácticamente escribiendo multitud de obras, unas del género grande, como hoy se dice, «Los Amantes de Teruel», «La Dolores», en las que la letra y música le pertenecen; otras del chico: «La Verbena», etc., etc., sin pensar en que menos conocido como literato que como músico, le hincarían el diente la multitud de follones y malandrines que, á falta de condiciones críticas, andan por esos mundos de Dios á caza de puntos ó de comas.

¡Oh! Si los músicos tuvieran la ilustración debida y la verdadera conciencia de su misión, no pondrían música á multitud de obras literarias, que en el fondo como en la forma son inadmisibles, y que sólo pasan hoy por la decadencia de nuestras costumbres y el estragado gusto del público en general; y aquí del Fénix de los Ingenios, nuestro Lope de Vega:

«El pueblo es necio y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.»

Tal demoledora doctrina, propia de los pueblos decadentes, debiera servir de norma á todo escritor músico ó literario, sin más adición que una interrogación y un adverbio, así:

El pueblo es necio y pues lo paga..... ¿es justo
Hablarle en necio para darle gusto?

No, nunca, jamás: es una aberración: es un crimen.

Nos hemos desviado un poco de nuestro tema, pero creemos que está muy conforme con la opinión de Cervantes, que tan admirablemente trata este punto hablando de las malas comedias.

Hay otra materia de gran importancia también para la prueba de nuestra tesis, cual es, las figuras de metaplasmo, lo mismo las de adición (prótesis, epéntesis y paragoge) que las de supresión (aféresis, síncopa y apócope), á las que tanto se presta nuestra lengua, y que son elementos de riqueza poética que oportunamente usados producen efectos musicales de gran estimación y valía.

Veamos como prueba solamente estos cuatro versos octosílabos del *Quijote*.

«Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena
Desde Granada hasta Loja
De Londres á Ingalaterra.»

Este disparate geográfico, puesto intencionadamente por Cervantes en boca de Altisidora, mujer inculta ó analfabeta, como ahora dicen los superhomos, tiene mucha gracia; y la epéntesis que resulta con la adición de una *a* á la palabra Inglaterra para completar las ocho sílabas del verso, contribuye á que nuestro oído no note la inharmonía y el desnivel ó desequilibrio de la frase que sin dicho elemento tendría.

Las licencias poéticas, que como toda clase de libertades debieran ser muy limitadas y excepcionales, son elementos musicales de suma importancia.

No son muy comunes las sinéresis y la diéresis (ésta más dulce y harmónica que aquélla); pero en lo que toca á las sinalefas, dudo que haya en el mundo lengua más rica que la de Cervantes, incluyendo la italiana que pasa por ser la más musical; las tenemos abundantísimas, no sólo de dos, sino de tres y hasta de cuatro vocales, gracias á nuestros catorce diptongos y cuatro triptongos más usados y á la abundancia de sílabas y palabras puras ó abiertas; y aun de cinco vocales

pueden formarse, por ejemplo, «vino del *Asia á Europa*».

Estoy ya oyéndoos decir: «Mira, orador intonso, que nos dijiste al principio que tu maestro Eslava os aconsejaba que ya que fuerais sosos no pecaseis también de latosos; y tú vas siendo ya archilatoso.»

Voy á tratar de abreviar; pero hay una materia cual es el Acento, que es el verdadero elemento musical de nuestra lengua, y por consiguiente, de importancia capitalísima para mi tesis.

Lo trataré sólo por *brevis et breve.*

Si la palabra, en efecto, es una especie de música, lo es por el acento, al que llama un autor *seminarium musicæ,* semillero de melodía.

La misma palabra Acento, del latín *ad cantus,* nos dice que es un elemento de fuerza (no de sonido como vulgarmente se dice) que es el generador del ritmo, que convierte las palabras en agudas, llanas y esdrújulas y aun sobresdrújulas, del mismo modo que en música se distinguen las partes del compás en fuertes y menos fuertes, en débiles y menos débiles.

En el proceso histórico de nuestra lengua, se ve su desarrollo por procedimientos fonéticos que prueban su carácter musical, y en ellos se ve también la combinación de dos leyes, sobre todo, de las que resulta que el acento ha de estar lo más cerca posible del fin, mas no en el fin mismo; luego deberá estar en la penúltima sílaba.

La experiencia lo acredita y los gramáticos reconocen, que solas las palabras en que esta ley del acento se cumple merecen el feliz nombre de *llanas* ó *graves,* que en nuestra lengua son un 80 por 100 ó más.

Es verdad que el acento destruye el equilibrio silábico; pero sin él, la monotonía del lenguaje sería insoportable, y

en tal sentido, el acento contribuye á que la unidad resalte sobre la variedad buscando la harmonía como ley suprema de la belleza; y de aquí la necesidad de la vuelta al equilibrio, ó sea que al esfuerzo representado por el acento de la penúltima sílaba, se vuelva en la última á recobrar la primitiva posición; del mismo modo que en música todo acorde disonante pide al final el consonante, la cadencia perfecta, el descanso.

El acento es el alma de la pronunciación; de aquí que se preste á tantas y tan diversas variedades, dividiéndose en silábico, oratorio, enfático, provincial, etc., etc.

La relación de todos ellos con la música, daría materia para grandes disertaciones, que suprimo, quedándome sólo con el provincial, por lo amena y curiosa que resulta su exposición.

Dos acentos, entre otros, muy marcados y antitéticos, se destacan en nuestra lengua: uno es el americano y otro el aragonés.

El acento americano, producto de un pueblo de clima enervador, consiste en pronunciar generalmente más despacio y alargar considerablemente la última sílaba acentuada.

Así la frase: «di á Sancho que venga», suena en boca de un americano: «di á Sancho que *veénga*».

El aragonés, limítrofe al vascuence, lengua que tiende á la acentuación de las sílabas impares, hasta dentro de la misma palabra, como se ve en «Guérnicáko árbolá»; el aragonés, repito, se limita á la elevación de la voz en la última sílaba, sin perjuicio del verdadero acento de la palabra; el aragonés no dice «chico», sino «*chicoó*», y la frase aragonesa es pronunciada rápidamente, casi sin acentos hasta el de la última palabra, cuyo acento resume la fuerza perdida por los anteriores; y así la contestación á la frase de un americano, «di á San-

cho que *veénga*», suena en boca de un aragonés, «dile que no *quieroó*»; lo cual parece propio de un pueblo enérgico que busca siempre el fin.

Hora es ya de concluir.

El *Quijote* es un almacén de figuras retóricas y de elegancias literarias que los preceptistas deben cuidar de poner por modelos, para que el oído se acostumbre desde la juventud á solazarse, no sólo con la verdad, solidez, claridad y profundidad de los pensamientos, sino con la melodía y harmonía musicales que por todas partes manan de sus páginas inmortales, lo mismo en prosa que en verso.

Y á propósito de versos de Cervantes, dejamos á los críticos de Retórica barata y seguimos con más gusto á Tiknor y á Bello, que, sin ser nacidos en nuestra patria, serían de los que mejor han estudiado el fondo y forma de nuestra literatura y de nuestro lenguaje, á no ser por ese portento y semimilagro viviente que se llama Menéndez Pelayo, y del que nos ocupamos al principio de nuestro trabajo.

Pues bien, Bello con su Gramática y sobre todo con su Ortología y Métrica, Alfa y Omega del estudio material de la palabra castellana; y Tiknor en su Literatura Española, hablando de la «Numancia» de Cervantes, están contestes en que el Cautivo de Argel tiene un estilo altamente poético y musical; citando al efecto dos octavas preciosas en las que España invoca al Duero y le llama para que acuda en defensa de «Numancia», que en nada tienen que envidiar á las de los más floridos poetas, y que comienzan así:

«Duero gentil que con torcidas vueltas,» etc., etc.

Con esto queda también contestada la rutinaria opinión de que Cervantes jamás hizo buenos versos; y yo, para dejaros buen gusto de boca después de tan mazorral prosa como ha-

béis tenido la paciencia de escucharme, y con el objeto, además, de evitarme males mayores, como los que Cervantes celebraba haberse evitado cuando dice en el Prólogo de sus segundas comedias «que sus primeras fueron representadas en los teatros de Madrid», añade con su inimitable gracia que «corrieron su carrera sin silbas, gritos ni baraúndas, y sin que se les ofreciese ofrenda de patatas, tomates ni pepinos, ni de otra cosa arrojadiza», voy cual desconocido pirotécnico que, habiendo aburrido al público con sus débiles cohetes y sus más débiles ruedas, lanza un trueno final, producido por atronadora bomba, de la que salen infinidad de rayos de diversos colores, que en forma de abanico se lanzan al espacio, y que hacen olvidar el mal rato pasado; voy, repito, á lanzaros una bomba final, la que el mismo Cervantes en su viaje al Parnaso califica de «honra principal de sus escritos», y con la que pinta de mano maestra la chistosa jactancia de los Sevillanos, y la hueca charla de un jaquetón perdonavidas: He aquí el conocido soneto, con su graciosísimo estrambote, dedicado al Túmulo de Felipe II:

«Voto á Dios que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblón por describilla
Porque ¿á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne de belleza?
Por Jesucristo vivo..... cada pieza
Vale más de un millón; y que es mancilla
Questo no dure un siglo ¡oh gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y grandeza.
Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio habrá hoy dejado
El cielo donde asiste eternamente.
Oyólo un valentón, y dijo: Es cierto
Lo que dice voarcé, mi seor soldado
Y quien dijere lo contrario, miente.
Y echando un paso atrás, á lo valiente
Caló el chapeo, requirió la espada
Miró al soslayo, fuése y no hubo nada.

Llegué al fin de lo que llamé mi tesis, y cuya demostración tan deficiente é incompleta os he presentado; mas no por eso dejarán de ser verdaderos los términos con que la formulé y con los que tengo el gusto de terminar.

«*La lengua castellana tiene elementos y cualidades musicales de primer orden; y en el* QUIJOTE, *que es su expresión más elevada y que es la novela más admirable que ha producido el ingenio humano, están representadas de maravillosa manera, cual corresponde á uno de los escritores más admirables que conocen los siglos:*» *á*

Miguel de Cervantes Saavedra.

HE DICHO.